



El entrenamiento profesional de las mujeres

Autor:
Dreier, Katherine. Luciani, María Paula (trad.)

Revista
Mora

2010, N°16, pp. 152-153



Artículo



El entrenamiento profesional de las mujeres¹

Katherine Dreier

La única universidad que visité fue la de Medicina, la Escuela Práctica de Medicina, que está localizada en un regio edificio frente al Hospital Nacional de Clínicas, en la calle Córdoba, entre Andes y Junín, lugar en que los estudiantes de medicina reciben su entrenamiento final. El entrenamiento consiste en un curso de siete años; para los boticarios, en uno de cuatro y uno de tres para las parteras. Hay pocas enfermeras entrenadas porque la mayor parte de ese tipo de trabajo es realizado por las Hermanas de la Caridad. El Dr. Moreau ha enfatizado la importancia de este hospital vinculado a la universidad, porque es un espacio en el cual las Hermanas de la Caridad están bajo el control de los doctores. En muchos otros hospitales, que desde el punto de vista edilicio podrían ser mejores, las Hermanas de la Caridad tienen la última palabra y, si no acuerdan con el doctor en cuanto a la medicina que se supone que necesita el paciente, pueden no respetar su autoridad. En consecuencia, los doctores están haciendo un tremendo esfuerzo para luchar en contra de esto. Hasta ahora, no han tenido éxito debido a que las mujeres ricas presionan a favor de la Iglesia Católica, y esto tiene relación en tanto y en cuanto muchos de estos hospitales están bajo control de la Sociedad de Beneficencia. Primero, recorrimos el hospital, que es uno de los más viejos de Buenos Aires y que por ello tiene mucho de esa belleza que nos remonta al pasado. A menudo me pregunto si las personas del pasado amaban la belleza más que nosotros, al punto de ser capaces de crear una atmósfera tan difícil de encontrar en los edificios de los tiempos modernos. Las viejas paredes grises del jardín encerraban paisajes de senderos de árboles,

o lo largo de uno de los cuales vi a un cura caminando meditabundo, o las estatuas viejas, ya grises y casi olvidadas que respiraban una atmósfera de reposo, imperturbables ante el paso del tiempo. Pero, dentro del edificio, el espíritu moderno estaba sobre nosotros. Lentamente, se están reconstruyendo las viejas salas, de acuerdo con parámetros modernos y científicos. Pero los ecos de los viejos tiempos brillaban todavía y traen consigo un espíritu de informalidad despreocupada que una nunca podría encontrar en los hospitales del norte. Como creyeron que yo era una física, me dejaron entrar en la sala de operaciones mientras tenían lugar dos intervenciones. Me impresionó desde el punto de vista higiénico, porque habíamos estado haciendo un *tour* por la ciudad esa mañana, y todo el polvo de las calles parecía estar pegado a nuestro cuerpo. Pero para aquellos pacientes convalecientes a los que les era posible caminar entre los senderos de árboles o sentarse en los bancos a tomar un poco de sol, me parecía que esa atmósfera antigua tenía un efecto sanador del cual nuestros hospitales fríos y científicos carecen. Del hospital cruzamos hacia la escuela, que también ocupa una manzana entera. Aquí tienen una biblioteca muy sofisticada de seiscientos volúmenes, a la que pueden acceder los graduados y llevar los libros a su casa, pero no los estudiantes, que cuentan con pequeños cuartos de lectura donde pueden estudiar sin ser molestados. El salón de conferencias y el cuarto de disecciones se destacan especialmente.

Me interesaba saber el número de mujeres que accedieron al título de químicas. En Buenos Aires hay ochenta y nueve, muchas de las cuales tienen sus

¹ Dreier, Katherine (1920). *Five months in the Argentine. From a woman's point of view. 1918-1919*, New York, Frederic Fairchild Sherman, pp. 38-57.

propios locales. El entrenamiento de la partera la ubica en un estrato superior al de la enfermera. De estas últimas, hay actualmente, unas 2140 registradas en Buenos Aires y prestan un excelente servicio. Como ya dije, los hospitales no entrenan enfermeras porque el cuidado de los pacientes está a cargo de las Hermanas de la Caridad. Pero hace alrededor de veinte años, la Dra. Cecilia Grierson, la primera física de Buenos Aires, inició una escuela de entrenamiento para enfermeras, con un curso de dos años. Estas trabajan generalmente para familias, de manera privada. Todas las nodrizas son registradas ante la junta de salud pública. Lo que también me llamó la atención es que todos los vendedores de vegetales, frutas, dulces y tortas, los barberos, y demás, tienen que estar registrados allí y son inspeccionados una vez por semana.

Buenos Aires cuenta con alrededor de cincuenta y nueve mujeres dedicadas a la física, una ingeniera que se recibió este año, 1919, y seis abogadas, si tomamos el censo de 1910. De estas últimas, algunas incluso manejan sus propios estudios. Me interesó mucho saber si las abogadas intervenían en los juicios

públicos, y me topé con la información de que la manera de manejar aquí la ley es bastante distinta respecto de los usos anglosajones. En lugar de hacerse un juicio con jurado, los expedientes se remiten a la Cámara de Justicia. Solamente cuando un caso se eleva a juicio por tercera vez, se sostiene un juicio *in voce* ante la cámara; esto implica que los abogados en persona defienden el caso. No hay objeciones en cuanto a que las mujeres cumplan con este rol, aunque nunca lo han hecho, porque la instancia del tercer juicio es muy atípica. Hasta donde pude averiguar, ellas han tenido el privilegio de presentar expedientes por muchos años, y esto me ayudó a pensar en las luces y sombras de todos los países. Esta realización debería reubicarnos en una posición de humildad, porque más allá de la posición general de las mujeres en la Argentina, una queda sorprendida por la libertad de estas profesionales en contraste con la posición de sus equivalentes en Inglaterra, donde se ha permitido que las mujeres estudien derecho pero no que lo ejerzan, al menos hasta hace muy poco, desde que sucedió la guerra.